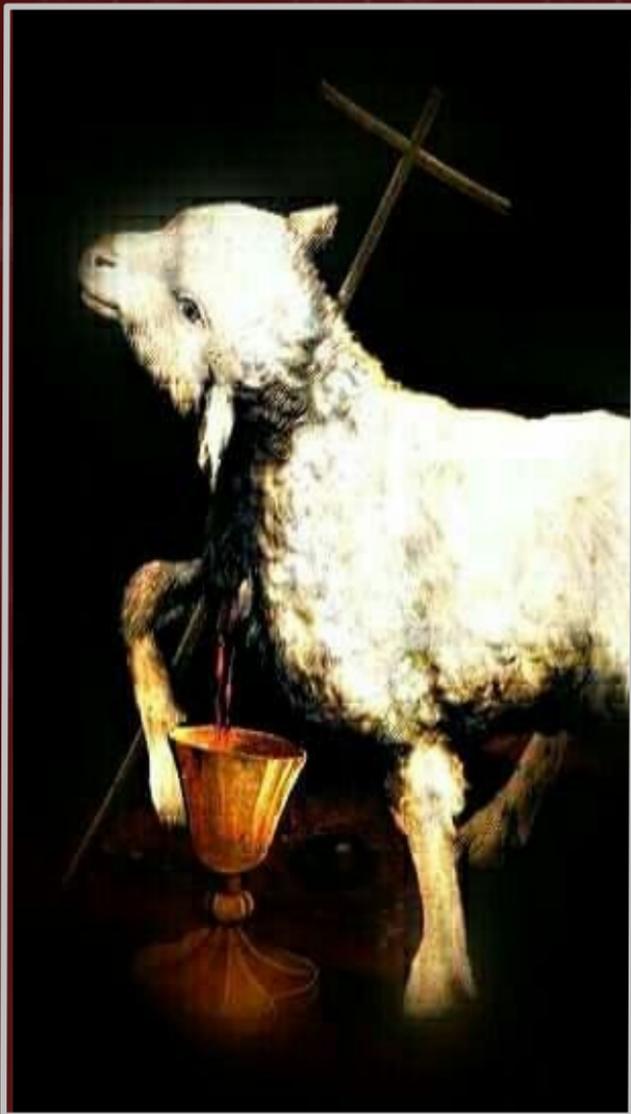


La Preciosa
Sangre de Jesús



M. Basilea Schlink

LA PRECIOSA SANGRE DE JESÚS

M.Basilea Schlink

Hermandad Evangélica de María
Darmstadt-Eberstadt, Alemania

© Verlag Evangelische Marienschwesternschaft e.V.
Darmstadt, Alemania
Todos los derechos reservados.

Título original alemán:
Das kostbare Blut Jesu (Audio de un estudio bíblico)

Primera edición en español 2005
Versión revisada como PDF en español 2022

Carátula: Recorte de una pintura de Matthias Grünewald. El cordero derramando su sangre en una copa simboliza las palabras de Juan, el Bautista, el precursor del Mesías, quien dijo al ver a Jesús: “¡Miren, ése es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!”.

Todos los derechos están protegidos por las leyes internacionales del Derecho del Autor. Los contenidos y/o portada no pueden ser reproducidos total ni parcialmente por sistemas, impresión, audiovisuales, grabaciones o cualquier medio, sin permiso del dueño del copyright.

ÍNDICE

Introducción.....	5
La Santa Cena.....	6
La Vida Divina.....	11
El poder para vencer.....	13
Comprados por precio de Sangre.....	17
Perdonados.....	22
Purificados.....	25
La entrada en el Santuario.....	27
Santificados.....	28
Lo que Jesús sufrió por nosotros.....	32
Su Sangre nos transforma en reyes y sacerdotes.....	35
Oración.....	41
Adoración al Santo Cordero de Dios.....	43
Música complementaria al tema.....	50



“Que el Dios de paz, que resucitó de la muerte a nuestro Señor Jesús, el gran Pastor de las ovejas, con la sangre que confirmó su pacto eterno, los haga a ustedes perfectos y buenos en todo, para que cumplan su voluntad; y que haga de nosotros lo que él quiera, por medio de Jesucristo.

¡Gloria para siempre a Cristo!.

Así sea.”

Hebreos 13.20-21



INTRODUCCIÓN

La Crucifixión de Jesús o su Sacrificio en la cruz son tópicos directamente relacionados con la Sangre de Jesús.

Cuando muere una persona, no necesariamente tiene que perder mucha sangre. ¿Por qué, entonces, se enfatiza tanto en la Sangre de Jesús? Debe ser por una razón muy especial. Quizás el Señor Jesús pudo haber sido crucificado sin ser golpeado y azotado previamente, ocasionándole así que una cantidad inmensa de sangre fluyera de todo su cuerpo. Más tarde en la crucifixión, también fluyó sangre abundantemente de sus heridas.

¿Cuál es, pues, el significado de la Sangre?
Leemos en Deuteronomio 12.23:

“...la sangre es la vida”.

Sabemos por el libro de los Hechos, capítulo 15, que los apóstoles se reunieron y concluyeron que la iglesia ya no necesitaba guardar las leyes ceremoniales que se hallaban en el Antiguo Testamento –tales como los ritos de la purificación, las leyes de los sacrificios, las abluciones y muchos otros aspectos de la legislación de Moisés–, pero sí se determinó que debían continuar absteniéndose de comer la sangre, porque “... la sangre es la vida”.

LA SANTA CENA

Para mí es muy importante lo que el Señor Jesús dijo en Juan 6.54:

“El que come mi cuerpo y bebe mi sangre, tiene vida eterna”.

Es decir, la vida que procede de Dios.

En la Santa Cena –la Sagrada Comunión– o cuando recibimos espiritualmente la Sangre de Jesús, estamos en realidad apropiándonos de la Vida Divina. Por eso, yo le digo al Señor Jesús:

“En tu Sangre está tu mansedumbre, tu humildad, tu bondad, tu paciencia, y tu confianza en el Padre celestial, por eso mediante la fe yo recibo ahora de Ti estas virtudes”.

Y de dicho modo, su Vida Divina fluye dentro de mí.

Es algo fundamental el hecho de que yo CREA que realmente tomo y recibo “algo” de Jesús y de su naturaleza Divina cuando participo de la Santa Cena, y que no la busque solamente para fortalecerme y recibir el perdón de mis pecados.

Aunque es verdad que recibimos fuerzas y también su perdón, la Santa Cena tiene un signi-

ficado aún más profundo, puesto que el Señor Jesús dice en Juan 6.56:

“El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él”.

Cuando Jesús tomó la copa, Él habló también de la Alianza de Sangre del Nuevo Testamento. De esta manera, una Nueva Alianza fue confirmada.

“...tomó Jesús pan y lo bendijo, lo partió y, dándoselo a sus discípulos, dijo: `Tomad y comed, éste es mi cuerpo´. Tomó luego una copa y, dadas las gracias, se la dio diciendo: `Bebed de ella todos, porque ésta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados” (Mateo 26.26-28).

Cada vez que yo bebo de esa Sangre, es como si de nuevo estuviera haciendo una alianza con Él —un pacto, un compromiso—, para que Él permanezca en mí y yo en Él. Esto es algo verdaderamente maravilloso.

Y aun cuando no podamos tomar la Santa Cena (Sagrada Comunión) a diario, sí podemos recibirla en espíritu, cuando leemos y meditamos en los textos bíblicos referentes a la Comunión como Mateo 26.26-28; Lucas 22.17-20; 1. Cor. 11.23-26 y la recibimos en oración y fe.

Muchos no creen que en la Santa Cena haya realmente especial cuando la recibimos. La toman simplemente como un símbolo para recordar al Señor Jesús y tal vez como un recuerdo del hecho de haber recibido su perdón, pero no con el sentido real de que algo nuevo sucede en nuestro interior.

Naturalmente eso no ocurre por un mero conocimiento ni por una simple lectura de estos versículos, sino cuando creemos firmemente en dicha realidad; y entonces y sólo entonces, ¡algo nuevo sucede!

Yo creo firmemente en que, si de verdad no sucediera nada, es porque Jesús habría dejado de ser Jesús.

Es muy claro para mí que, un día se tornará en realidad visible, el hecho de que el Señor Jesús y su vida Divina entran nuevamente en mí. Aun cuando tenga que esperar diez años, algo está sucediendo ahora. Pero debemos confiar en esta verdad. Es algo maravilloso tener la posibilidad real de recibir a Dios dentro de nosotros y que Él haya prometido que:

“El que come mi cuerpo y bebe mi sangre, tiene vida eterna” (Juan 6.54).

Hay otro versículo muy importante que dice:

“Les aseguro que, si ustedes no comen el cuerpo del Hijo del hombre y beben su sangre, no tendrán vida” (Juan 6.3).

Es verdaderamente imprescindible que tomemos siempre la Sagrada Comunión cuando tengamos la oportunidad real de hacerlo o de recibirla en espíritu. La vida está en la Sangre.

La vida Divina está en la Sangre de Jesús que fluyó y que ahora –en espíritu– nos está siendo ofrecida y de una forma tan real, que lleva a cabo su obra en nosotros, puesto que esa Sangre es la propia vida de Jesús.

Para mí el poder participar de la Cena del Señor es algo de mucho valor, y no hay palabras para expresarlo.

En Mateo 26.29 podemos ver, en las palabras del Señor Jesús, cuán decisivo es esto para Él:

“Pero les digo que no volveré a beber de este producto de la vid, hasta el día en que beba con ustedes el vino nuevo en el reino de mi Padre”.

Imagínense que allá –en el Reino de su Padre– celebraremos esta Cena con Él, después que se haya podido completar su obra de santificación en nosotros. Y entonces, se hará visible en nosotros que, por la vida Divina en la Sangre de Jesús que habíamos tomado a lo largo de nuestra

vida terrena, nos hallemos sentados en la mesa de Jesús, transformados y hechos a su imagen por medio de su Sangre. Participando así con Él de la Cena de las Bodas.



LA VIDA DIVINA

Oh, ¡si Jesús no hubiera derramado su Sangre por nosotros! Pero, ¡Bendito sea Él que lo hizo! Él murió a consecuencia de la pérdida de sangre. ¡FUE DERRAMADA HASTA EL FINAL! y Él hizo esto por el amor que sentía hacia nosotros.

Aquella sangre fue derramada para que, por toda la eternidad, cada persona pudiera disponer de la cantidad necesaria de la Sangre de Jesús para ser completamente transformada a la imagen de Dios.

En 2. Pedro 1.4 dice que: “participamos de la naturaleza Divina”.

Esto significa que si siempre bebemos en fe de la vida Divina (ver Juan 6.53), entonces participaremos de la naturaleza Divina. Dentro de la sangre está la vida, la naturaleza de ésta o de aquella persona.

Decimos, por ejemplo: “Oh, ¡él tiene sangre caliente!”, cuando hablamos de alguien que se enfada con facilidad. Nuestro carácter está en la sangre: sangre caliente, sangre fría, etc.



“...la vida de la carne
está en la sangre”
(Levítico 17.11).

La vida de Jesús fluyó cuando su Sangre fue
derramada, obrando para nosotros la reconcilia-
ción con Dios y la naturaleza y la vida Divina
también, cada vez que la bebemos.

Pero, ¿qué más obra la Sangre de Jesús? ¡Hay
tanto!, ¡más de lo que podamos imaginar!



EL PODER PARA VENCER

Leemos también en Apocalipsis 12.11:



“Ellos lo vencieron
gracias a la
Sangre del Cordero.”

Es maravilloso saber que esa Sangre del Cordero hace posible que nosotros podamos vencer a Satanás y todos sus ataques, cuando la recibimos en nosotros mediante la fe, no solamente cantando alabanzas a su Sangre sino también bebiéndola. Entonces, Satanás tiene que huir porque nosotros hemos recibido a Jesús, y Jesús está en nosotros.

Esto es muy decisivo hoy en día porque anteriormente no solíamos experimentar tantos ataques, lo cual es comprensible por el hecho de que Satanás tiene ahora el mundo bajo su control. El pecado es visto como algo normal y los asuntos de conciencia son considerados como algo tonto.

La humanidad está en rebeldía; se burla y odia al Señor Jesús. Casi cada programa de radio y de televisión nos muestra que Satanás tiene al mundo bajo su influencia. Aun en la Iglesia vemos representaciones ofensivas. La Iglesia apóstata es la “ramera” y los apóstatas son los primeros en instigar cosas en contra de Dios.

Pero hay un grupo en el mundo que Satanás no tiene bajo su control y es el grupo de los cristianos que tienen a Jesús como su “primer amor”: las almas desposadas con Él.

Dichas almas están llenas del “fuego” espiritual y son fuertes: ¡son una fortaleza para Jesús! Satanás se ensaña contra ellas. Envía demonios para agotar a tales almas o para que su fe decaiga o para que tengan que enfrentar muchas tentaciones.

Del mismo modo, hay muchos espíritus impuros hoy en día. Cuando Jesús se refería a los demonios, los llamaba principalmente “espíritus impuros”. El mundo entero se caracteriza por la impureza: hay tentaciones por doquier. Satanás está tratando de debilitar y de ganar a estas almas desposadas con Cristo. Estas almas le son más importantes que cien de las otras. Pero leemos esta Palabra maravillosa: *“Ellos lo vencieron (a Satanás) gracias a la sangre del Cordero”* (Apocalipsis 12.11).



En oración, reclamemos el poder de la Sangre del Cordero cuando acudamos al Padre. Puesto que Jesús fue herido por nuestra redención, ¿cómo podría rechazar el Padre nuestras súplicas cuando nos refugiamos en las heridas de su Amado Hijo?

Nuestro Salvador, siendo el “Amor Absoluto” y nuestro “Buen Pastor”, ha provisto también una protección para nosotros. Es muy importante que creamos que Él desea darnos esa protección y que reclamemos su Sangre. Un predicador, amigo de nuestra comunidad, oraba cada mañana de la siguiente manera: “Cubre mi boca con tu Sangre, para que nada malo salga de ella; mis ojos, para que sólo miren lo que tú quieras; mis pensamientos... mis manos... y mis pies... Cubre todo con tu Sangre”.

Muchos cristianos han experimentado que la Sangre del Cordero es la fuerza más grande que existe y nos hace fuertes en tiempos de persecución. Un ejemplo de esto es el de un cardenal que estuvo encarcelado por su fe, y le pusieron

fotos pornográficas en la pared de su celda, para debilitar su fe. Luego, enviaron un oficial a su celda para hablar de inmoralidades. El religioso, con valentía y aunque pudiera haberle costado la vida, le dijo que saliera de la celda enseguida, y el oficial abandonó el lugar avergonzado.

Satanás no puede escuchar y soportar que se invoque la Sangre del Cordero. También las peores maldiciones que servidores de Satanás profieren, rebotan ante aquellos que alaban y reclaman la Sangre del Cordero.

¡Oh, qué preciosa, santa y fuerte es la Sangre de Jesús, la cual vence a Satanás! Satanás puede actualmente tener al mundo bajo su dominio, pero Jesús, en su Majestad, tiene la Victoria final. Su Sangre fue derramada y, por tanto, ha vencido a Satanás. Satanás puede patear y enfurecerse y tener a nueve de cada diez bajo su control, pero un día perderá ese dominio totalmente y para siempre.



COMPRADOS POR PRECIO DE SANGRE

Otro versículo muy especial es el siguiente:

Tengan presente que han sido rescatados de su vana manera de vivir, la cual heredaron de sus padres, no con cosas corruptibles como oro o plata sino con la sangre preciosa de Cristo como de un cordero sin mancha y sin contaminación.

(1. Pedro 1.18-19).



El término “rescatados” quiere decir “comprados por precio”. Éste es un término muy importante. Antes de venir a Cristo, éramos posesión de Satanás y él ejercía derechos sobre nosotros. Este derecho del enemigo sobre los seres humanos lo vemos en la actualidad, por ejemplo, entre los jóvenes que, sin percatarse de ello, siguen las

corrientes que el tentador ha introducido en este mundo. Hemos sido “comprados por precio”, hemos sido “rescatados” de la influencia que Satanás ejercía sobre nosotros. Y tal rescate y compra han sido efectuados por medio de la Sangre del Cordero.

Al considerar la debilidad ante el pecado, que es inherente a nuestra naturaleza humana, nos damos cuenta de que somos parte de una raza caída y pecadora.

A causa de estos rasgos pecaminosos de nuestra personalidad, Satanás reclama sus derechos sobre nosotros. Cuando deseamos liberarnos de esta influencia y comenzamos a orar, él se enfurece y trata de mantenernos aprisionados en esas cadenas de esclavitud. Detrás de esas cadenas hay siempre un demonio que trata de mantenernos bajo su yugo.

Pero el Señor Jesucristo viene y declara con toda autoridad que Su Sangre es el precio del rescate. En el mundo ocurre así cuando se ha pagado con suficiencia por algo, el dueño anterior tiene que entregarlo. Entonces, aquél que nos ha tenido como sus prisioneros, Satanás, el gobernador de este mundo, ya no nos mantiene en esclavitud. ¡Qué certeza tan maravillosa! ¡Qué gozo tan triunfante es saber que el Señor Jesús me ha comprado! Y ha pagado verdaderamente este

precio del rescate, dando TODA su Sangre. ¡Es increíble! ¡Hemos sido rescatados!

Si yo pago el precio del rescate a favor de una persona, esa persona será mía, me pertenecerá. ¡Imagínense entonces! Nosotros somos la verdadera posesión de Jesús y LE PERTENECEMOS A ÉL. Aun cuando todavía seamos pecadores, podemos acudir a Él y decirle:

“Amado Señor Jesús, yo soy por derecho posesión tuya. Nada puede separarme de Ti. Tú me compraste, e incluso siendo todavía un pecador, ¡te pertenezco a Ti!”

Yo conozco una familia en la que cada vez que el niño veía a su madre, se paraba frente a ella y le decía: “Mamá, yo soy tu hijito”. Aquello era todo un regocijo para él: el hecho de que su madre estuviera allí y que fuera suya. Del mismo modo, nosotros podemos acudir al Señor Jesús con esa certeza gozosa y decirle:

“Señor Jesús, ¡yo soy tuyo!”.

Satanás ya no puede tener más imperio sobre nosotros, ¡tan sólo Jesús!, y por eso, podemos decirle también:

“Señor Jesús, Tú puedes disponer de mí.”

Y podemos orar de esta manera porque sabemos que Él nunca pedirá demasiado de nosotros. Su voluntad y su dirección para nosotros proceden

siempre de su corazón profundamente amoroso, que guarda y preserva sus posesiones como preciosos tesoros.

Puesto que Él mismo nos compró, es que somos de tanto valor para Él. Las cosas que nos cuestan fuertes sumas de dinero, son aquellas que cuidamos con más esmero.

Nosotros tenemos gran cuidado de todas las cosas que hay en nuestro hogar porque son nuestras posesiones, y así mismo, el Señor Jesús nos dice a cada uno: *“Tú eres mío, yo te he redimido, te he llamado por tu nombre, tú me perteneces”* (Ver Isaías 43.1).

Es por eso que Paul Gerhard canta:

*“Tú eres mío, yo soy tuyo,
¡nadie puede separarnos!
Tú eres mío porque
Tú has entregado hasta la muerte
tu vida y tu Sangre por mí.
Yo soy tuyo porque te recibo;
y porque Tú eres mi Luz,
no voy a dejarte ir de mi corazón.
Permíteme llegar allí donde eternamente
Tú vas a tomarme en tus brazos y yo a Ti”.*

¡Verdaderamente es el Señor Jesús quién va a recibirnos un día!

Sí, ¡fuimos comprados por un precio! Pero también quiero enfatizar en la importancia de creer firmemente en esta verdad. No tiene sentido que solamente conozcamos este hecho y nos alegremos, también debemos creerlo.

Cuando yo me doy cuenta de cómo Satanás me tiene atado, entonces creo con una fe ferviente, algo nuevo sucede. ¡Jesús me redime!

Naturalmente, debemos darnos cuenta de cuáles son nuestras ataduras, pues aquel que no reconoce sus ataduras, no se conoce a si mismo. Todos somos pecadores y sufrimos por causa del pecado que está en nosotros, pero ¡hemos sido COMPRADOS por aquél que tiene todo poder sobre nuestra naturaleza pecaminosa. ¡Él nos compró y nos arrebató de las garras de Satanás!



PERDONADOS



“Según la ley, casi todo tiene que ser purificado con sangre; y no hay perdón de pecados si no hay derramamiento de sangre” (Hechos 9.22).

El hecho de que la Sangre de Jesús fuera derramada es lo que nos asegura su perdón. Es verdaderamente importante que confiemos en que esto es así. Al Señor se entristece y se hierde en gran medida que no confiemos plenamente en Él. No debemos nunca dudar de que Dios pueda perdonar lo que hicimos en el pasado o nuestra manera presente de ser o aun aquello que hacemos una y otra vez; la Sangre de Jesús fluyó para darnos perdón y para que todos los pecados y culpas sean borrados eternamente. Cuando Dios perdona, Él olvida lo que hemos hecho y lo hunde en las profundidades del mar.

De igual forma, se espera de nosotros que también lo hagamos así, pero muchas veces, los seres humanos no olvidamos las ofensas serias de las que fuimos objeto. Sin embargo, el Señor sí olvida y promete: (ver Jer. 31.34, Salmo 103.12-14)



“¡Jamás recordaré
tus pecados!”

¡No los guarda en su memoria! Esto es algo maravilloso porque un día todos tendremos que comparecer ante el Tribunal de Cristo y recibir la paga por lo que hayamos hecho durante nuestra vida, ya sea bueno o malo (Ver 2. Corintios 5.10). Su perdón es para aquellos que tienen un corazón contrito y arrepentido. La **contrición** es el dolor que sentimos por haber pecado. El **arrepentimiento** significa conversión: volver la espalda y tomar una nueva dirección. Allí donde están presentes estas dos actitudes, el perdón de Dios se manifiesta.

No podemos decir de manera superficial: “Oh, ahora todos mis pecados son perdonados”. ¡No!, el perdón se manifiesta solamente cuando sentimos verdadera contrición y dolor por haber pecado y estamos dispuestos a convertirnos. Así, ninguno de aquellos pecados nos serán atribuidos ya más ante el Tribunal de Cristo.

Aquel que realmente entiende el perdón de Dios, se llena de asombro y de admiración, y su único deseo es ser liberado de la raíz del pecado, y con gusto se dispone a sufrir todo lo que sea necesario para que esa raíz del pecado presente allí todavía, sea erradicada para siempre de su ser.

En Dios todo adquiere una forma práctica y real. No basta solamente con decir: “Tú has pecado mucho, pero ahora todo ha quedado perdonado”. ¡No!, la Biblia lo dice de manera diferente: “Siempre que haya contrición y arrepentimiento, allí se manifiesta el perdón de Dios”.



PURIFICADOS

Todos conocemos este versículo de 1. Juan 1.7:

“Pero si caminamos en la luz, como Él mismo está en la luz, estamos en comunión unos con otros, y la sangre de su Hijo Jesús nos purifica de todo pecado”.



La sangre de Jesús también nos purifica. Vemos de nuevo que el perdón y la purificación no se dan de manera automática. Hay condiciones: “Si caminamos en la luz”, y “caminar en la luz” significa que aceptemos su luz y su verdad. Otra condición para recibir el perdón es que “tengamos comunión de amor entre nosotros”; es decir, unidad en el amor. Y entonces, ¡la

Sangre de Jesús nos limpia! La bondad de Dios procede del Dios de la verdad y no de ninguna otra fuente.

Hay una canción que dice:

*“Hay un precioso manantial
de Sangre de Emanuel,
que purifica a cada uno
que se sumerge en Él”.*

Sí, Jesús cumple lo que promete. Por ejemplo, cuando uno se siente tan impuro y tan sucio porque no ha tenido buenos pensamientos, entonces se sumerge en la fuente de su Sangre, y es liberado del pecado, de la transgresión y de toda maldad, y puede regocijarse y exclamar con gozo: “¡Estoy lavado, liberado, porque Jesús es fiel, su Sangre obra en mí!”.

¿Por qué hay tanto poder en su Sangre? Porque Jesús, el Hijo de Dios inocente, sufrió y derramó su Sangre por amor a nosotros. Su amor puede vencer la maldad que hay en nosotros y todo aquello que puede hacernos daño. Ésta es la razón por la cual nuestra confianza y nuestra fe nunca podrán ser suficientemente grandes. Él lo logra todo. Y es realmente verdad: en muchos casos, su amor es lo que nos lleva a renunciar al pecado y nos atrae hacia sí, para hacernos totalmente suyos.

LA ENTRADA EN EL SANTUARIO



“Por tanto, hermanos,
ahora podemos entrar sin
ningún temor en el
santuario por medio de la
sangre de Jesucristo”

(Hechos 10.19).

Si nuestro deseo es entrar en la presencia y la santidad de Dios, y acercarnos más a su corazón, ya sea aquí en la Tierra o allá en el santuario de la Ciudad de Dios, tenemos una puerta de entrada abierta por medio de la Sangre de Jesús.

Sin la Sangre de Jesús, no podemos entrar en su santidad. Por esa razón, cada vez que nos reunimos comenzamos siempre orando de la siguiente manera:

“Señor Jesús, ¡cúbrenos con tu Sangre!”

“Padre, ¡límpianos con la Sangre del Cordero!”.

De este modo, nuestra entrada a la Presencia de Dios está garantizada.

SANTIFICADOS



“Por eso, también Jesús,
para santificar al pueblo
con su sangre,
padeció fuera de la puerta”

(Hechos 13.12).

La Sangre de Jesús nos santifica, ¡esto es algo verdaderamente maravilloso! Su sangre no sólo nos libera de Satanás y de su dominio. ¡Nada menos debemos esperar de la acción de la Sangre Todopoderosa de Cristo Jesús!

Tenemos que decirle con fe:

“Tú has pagado el precio de rescate por mí para liberarme de Satanás; sí, por tu Sangre venzo a Satanás. Y tu Sangre me purifica, me santifica cada vez más”.

Cada vez que yo bebo de esa Sangre en espíritu de fe, es como una medicina eficaz que actúa en mí para purificarme y me transforma interiormente, aunque al principio no me dé cuenta

de ese proceso de cambio, pero Jesús sí ve lo que hace, y luego, su obra en mí se evidencia más y más. Es un largo camino, pero firme y seguro.

Podríamos citar el caso de una persona con un temperamento fuerte. Durante el proceso, esa persona experimentará la ayuda del Señor en su interior que le irá mostrando las reacciones reprochables de su carácter explosivo. Ése es el primer efecto de la Sangre de Jesús. Más tarde, comenzará a tomar en serio dichos arrebatos de ira o enojo y los considerará pecado. Y, por último, sus reacciones serán cada vez menos y menos frecuentes hasta lograr que desaparezcan.

La Sangre de Jesús está obrando siempre en nosotros de manera renovada, cuando la recibimos con fe y la alabamos.

Yo imagino este proceso del siguiente modo: hay cierto espacio en mi sangre pecadora que se limpia y purifica cada vez que yo recibo con fe la Sangre de Jesús y ésta fluye dentro de mí. Cuanto más reciba la Sangre del Cordero, más de mi sangre pecaminosa es purificada y Jesús mismo puede transformarme a su imagen. ¡Ése es un Evangelio de alto precio! ¡Qué felicidad resulta saber que Él nos redime y poder compartir esto con otros!

Nos sentimos profundamente tristes cuando vemos que, a pesar de dedicar tiempo y esfuer-

zos ayudando a alguien u orando por alguien, todo ha sido en vano. Entonces, ¡qué dolor le causaríamos a Jesús si Él tuviera que decirnos un día: “No tomaste en serio la Sangre que yo derramé por ti. Nunca creíste en ella. Todo fue en vano”.

Si no ponemos nuestra fe en que su Sangre obra en nosotros, entristecemos a Jesús, quién la derramó, sufriendo horribles tormentos, por amor a nosotros. Honramos a Jesús cuando creemos que su Sangre puede efectuar verdaderamente en nosotros una transformación.

Pero, ¡por favor!, no piensen nunca que, si dicha transformación no se hace evidente en diez años, toda la obra de Dios ha sido en vano. La obra de transformación que Dios realiza en nosotros requiere toda la vida. Por eso, Pablo dijo al final de su existencia: “...he conservado la fe” (2. Timoteo 4.7). Él guardó la fe en el poder redentor y liberador de la Sangre del Cordero. El apóstol Pablo, ciertamente tenía un carácter muy fuerte. Les habló fuertemente a los corintios, confrontándoles con la verdad en muchas ocasiones, y a otros también. Sin embargo, él también pudo decir: “He guardado la fe y ahora una corona está preparada para mí” (Ver 2. Timoteo 4.7-8).

Todo depende de nuestra perseverancia en la fe. Cualquiera de nosotros puede tener un carácter difícil, o una conciencia cargada con distintos

pecados, o darse cuenta de que está contaminado por la culpa; sin embargo, si perseveramos firmes en la fe, recibiremos una corona, porque el día llegará cuando reflejemos verdaderamente la propia imagen de Jesús en nosotros.

Permítanme repetirlo: aun cuando es importante que alabemos la preciosa Sangre del Cordero, es mucho más importante que la recibamos en espíritu y la bebamos por fe, sabiendo que la recepción de esa Sangre es una realidad.



LO QUE JESÚS SUFRIÓ POR NOSOTROS

Nunca debemos olvidar que cuando Jesús derramó su Sangre, sufrió tormentos indescriptibles a fin de que nosotros pudiéramos beberla. No solamente sufrió tormentos en su Cuerpo, también heridas en su Alma y en su Espíritu. Es por eso que la Sangre de Jesús es tan preciosa y posee un valor infinito.

Todas aquellas cosas en las que Satanás podía reclamar derechos sobre nosotros o atormentarnos, Jesús tuvo que experimentarlas en la cruz y aun antes. Él se “hizo pecado” para que Satanás pudiera decirle: “Tengo derechos sobre Ti”. Y aquello lo condujo a sus terribles sufrimientos y lo hizo gritar desgarradoramente sobre la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”. Ése fue el fruto de haberse hecho pecado por amor a nosotros.

Kazoh Kitamori, un profesor japonés de teología dijo que los sufrimientos de Jesús son tan santos que, difícilmente, pueden describirse con palabras.

Con frecuencia hablamos de la Sangre del Cordero, pero sin tener verdadera conciencia del dolor y la tortura que tuvo que sufrir en cuerpo, alma y espíritu. Cuando Jesús fue coronado de

espinas, Satanás estaba atacando su espíritu y su mente. Todas aquellas tentaciones tenían el propósito de hacerlo caer.

Su alma se sintió profundamente herida porque incluso cada uno de sus discípulos lo abandonó y ninguno permaneció junto a Él. Al pie de la cruz, al menos estaba su madre al lado de Juan y algunas mujeres, pero allí en el Calvario estaban todos sus enemigos.

Su alma estaba desecha por aquel tormento. Todos aquellos a quienes Él amaba, a quienes tanto bien había hecho, a los que había llamado por sus nombres, cientos y cientos con los cuales había mantenido un contacto personal y había sanado en Capernaúm y en Jerusalén, ¡todos se habían levantado contra Él y lo habían abandonado!

Piensen en la herida que sentimos cuando esa persona a quien amamos nos traiciona o nos abandona. El alma de Jesús fue herida miles de veces.

Y puesto que aquellos que eran sus más cercanos, los discípulos, lo abandonaron tan vergonzosamente y huyeron, Él tuvo que comparecer SOLO ante los jueces –los sumos sacerdotes– y escuchar sus falsas acusaciones. Ningún discípulo estaba allí para rebatir aquellas calumnias y decir: “La verdad es ésta...”, lo cual

habría sido de gran consuelo para Jesús. Él estaba solo, impotente ante los falsos testigos.

Todos los suyos que debieron estar allí para dar testimonio de la veracidad de sus palabras, ¡huyeron!

Por tanto, debemos tener en alta estima la Sangre de Jesús, puesto que Él tuvo que atravesar tan crueles tormentos para derramarla.

Con cuánta frecuencia hablamos de la Sangre de Jesús y cantamos himnos que hablan de ella, pero es preciso que esa Sangre esté en nuestros corazones y no solamente en nuestras palabras. Si hablamos mucho de la Sangre de Jesús y no consideramos su verdadero valor, corremos el riesgo de desestimarla o tomarla sólo superficialmente.



SU SANGRE NOS TRANSFORMA EN REYES Y SACERDOTES

Todos nosotros conocemos este pasaje tan maravilloso:



“Al que nos ama y nos ha lavado con su sangre de nuestros pecados y ha hecho de nosotros un Reino de sacerdotes para su Dios y Padre...”

(Apocalipsis 1.5b-6a).

Nosotros, que somos pecadores, hemos sido transformados en reyes y almas sacerdotales en el Reino de Dios, por medio de la Sangre del Cordero. Somos transformados conforme a la semejanza real y noble del Rey de la Gloria. La Sangre del Cordero tiene el poder de lavarnos y eliminar de nosotros todo lo que está manchado. Debido a nuestra naturaleza pecaminosa, somos

inmundos y estamos contaminados, aun nuestros pensamientos.

Todo tipo de pensamientos se albergan en nuestra mente: pensamientos de maldad, de amargura, de envidia, de celos, de crítica, de rechazo hacia los demás, de lujuria y de avaricia, etc. Y Jesús dice: “¡Están lavados!”. Por eso, nos damos cuenta que sin la limpieza de su Sangre, nuestra vestidura espiritual estaría muy sucia.

Esta experiencia de limpieza de nuestras vestiduras espirituales tan sucias, por medio de la Sangre del Señor Jesús, puede ser comparada con lo que ocurre en una lavandería, donde gran cantidad de ropa sucia, llena de manchas horribles, pasa por un proceso de limpieza.

El detergente, el cloro y otros productos la transforman en piezas de ropa bien blancas y puras, de aquellas manchas no queda nada. Es algo asombroso, pero así mismo es el poder transformador y limpiador de la Sangre del Cordero.

En Apocalipsis 7.14 dice:



“... (Ellos) han lavado sus ropas y las han blanqueado en la Sangre del Cordero”.

Y, ¿qué significa eso? Que ellos ya experimentaron lo que se describió anteriormente! No solamente creyeron que la Sangre del Cordero estaba ahí, a su disposición, y que obraba de algún modo, sino que también reclamaron su poder purificador para ellos mismos, y se sumergieron en ese manantial.

Cuando nosotros nos sumergimos en el manantial de la Sangre de Jesús, salimos de allí lavados y purificados. Y esto es algo que debemos hacer cada día.

En el texto del Apocalipsis, es importante darnos cuenta donde dice que estas almas atravesaron grandes sufrimientos. Usualmente, cuando las personas pasan por muchas tribulaciones, se olvidan completamente de sus pecados y se concentran solamente en sus aflicciones y en cómo pueden salir de ellas. Pero estas almas de las que habla el libro de Apocalipsis en el capítulo 7, sabían cómo vencer y salir victoriosas del sufrimiento, y para ello, lavaron sus pecados en la Sangre del Cordero. Cuando lo hacemos así, recibimos nuevas fuerzas que nos ayudan a vencer, incluso en medio del dolor más agudo y de la tribulación más dolorosa.

Necesitamos aplicar estos textos bíblicos en nuestras vidas y decir, por ejemplo:

“Mi Señor Jesús, ahora lavo las vestiduras sucias de mi alma en tu Sangre, y bebo de esta Sangre en espíritu, para que me dé nuevas fuerzas para vencer”.

El Señor Jesucristo hizo mucho énfasis en este punto:



*“Les aseguro que si
ustedes no comen
el cuerpo del
Hijo del hombre
y beben su sangre, no
tendrán vida”*

(Juan 6.53).

Por tanto, debemos decirle: *“Señor Jesús, ahora bebo de tu Sangre, de tu Vida, y de acuerdo con lo que has prometido, puedo alcanzar la vida eterna”.* También podemos decirlo de esta forma: *“Señor Jesús, Tú me has transformado ahora y soy puro y sin mancha”.* ¡Sí!, tenemos que decirle: *“Tú lo dijiste y, por tanto, ahora está sucediendo en mí”.*

Es maravilloso saber que ante el Trono de Dios (Apocalipsis 5.9), donde el Cordero de Dios y Dios Padre están recibiendo adoración, estas almas cantan un cántico nuevo:



“...fuiste sacrificado; y
derramando tu sangre
compraste para Dios
gentes de toda raza,
lengua, pueblo y nación”.

Romanos 5.9 también expresa algo muy importante:

“¡Con cuánta más razón,
pues, justificados ahora
por su sangre, seremos
por Él salvos de la ira!”.



Es decir, la Sangre de Jesús tiene en sí misma, el poder de expiar nuestros pecados y alejar de nosotros la ira del Padre.

Y así es que, hasta hoy, Jesús sigue ofreciéndole al Padre celestial sus sufrimientos, su corazón sangrante. Su Sangre sigue clamando: “¡Ten misericordia! ¡Ten misericordia!”, cuando el Padre, con ira justificada, debería haber enviado fuego y juicio a la tierra. ¡Oh, qué poder de expiación y reconciliación tiene la Sangre de Jesús! Ella nos protege de la ira que ciertamente merecemos por causa de nuestros pecados.

No hay palabras con que expresar lo que significa esta Sangre y cómo, sin su protección, la ira de Dios ya habría venido sobre nosotros. Cada vez que pecamos, nos hacemos culpables ante Dios y ante los demás, pero especialmente ante Dios.

¡Qué increíble es el hecho de que esta Sangre nos reconcilie con el Padre! “Nos has comprado”. Sabemos que pertenecemos a Jesús porque Él derramó su Sangre por nosotros. Pero también, por medio de esta Sangre, Él nos compró para Dios y de esta manera somos hechos hijos de nuestro Padre Dios, según dice en Romanos 8, y así podemos tener una relación personal con Él como Padre. Tenemos este precioso privilegio porque Jesús ofreció su Sangre por nosotros.

Nuestras vidas son bendecidas porque Dios es nuestro Padre y nosotros somos sus hijos.

Éste es nuestro cántico de alabanza y de regocijo desde la mañana hasta la noche: “¡Tenemos un Padre!”.

Y Jesús obtuvo esta gracia para nosotros, por medio del precio del rescate con su Sangre. Las palabras no son suficientes para expresar lo que Él hizo por la humanidad...



ORACIÓN

¡La alabanza, la adoración y las gracias sean dadas al Cordero herido! por los tormentos que padeciste, ¡Oh Cordero de Dios! para que tu Sangre, tu Sangre Divina, nos fuera dada a nosotros, miserables pecadores, y de este modo, la ira del Padre, justificada por causa de nuestros pecados, se apaciguara y fuéramos hechos hijos de Dios.

Ahora tenemos un Padre en el cielo, ¡Tu Padre es nuestro Padre! Y nosotros, Señor Jesús, somos hijos por medio de tu Sangre derramada. ¡Oh!, cuán grande es lo que Tú has hecho por nosotros y lo que has hecho de nuestra vida!

Te damos gracias una y otra vez, oh Cordero sangrante y herido. ¿Cómo no creer en Ti y amarte y adorarte?

Sí, creemos en Ti.

¡GLORIA SEA A TI,
OH CORDERO DE DIOS!
Amén.



ADORACIÓN AL SANTO CORDERO DE DIOS

1. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios, permitiste que te hirieran y flagelaran hasta que tu Sangre sagrada brotó de tus heridas para sanidad y salvación nuestra.
2. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios, te desangraste por nosotros que, como pobres pecadores, estamos tan necesitados de tu Divina Salvación.
3. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios, Tú nos ofreces tu Sangre preciosa y salvadora, que tiene infinito poder para liberarnos de nuestras ataduras y pecados.
4. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios, tu Sangre salvadora tiene poder para transformar, más allá de toda comprensión, haciendo vencedores de pecadores, antes cautivos de Satanás.
5. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios, al postrarnos arrepentidos ante tu cruz, de tus profundas heridas fluye el río de tu Sangre preciosa, sanadora y salvadora.

6. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios, has preparado la mesa de la Santa Comunión con tu propia Sangre vertida en sacrificio y nos invitas a participar de la vida Divina.

7. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios, dejaste fluir tu Sangre por nosotros. No viniste a salvar a los justos, sino a aquellos, que se ven como pobres y viles pecadores.

8. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios, tu sacrificio y Sangre reclama el perdón para las almas que te han entristecido, pero que ahora están contritas y arrepentidas y buscan enmendar su camino.

9. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios, cubres con tu Sangre preciosa y santa nuestras acciones y todo mal pensamiento, de modo que nunca los volvemos a hallar.

10. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios, el poder que tiene tu Sangre nos lava, nos purifica y, ante tus ojos, nos deja sin mancha; tan blancos como la nieve.

11. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios, tu Sangre preciosa posee fuerzas curativas y sanadoras. Es como una medicina que sana y alivia nuestros corazones enfermos por el pecado.

12. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios,
cuando un día nos llamas ante tu presencia,
nos cubrirá tu Sangre como vestimenta de honor,
para que permanezcamos ante el juicio.

13. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios,
tu Sangre nos libera de todos aquellos
que quieren atar nuestras almas a sí mismos,
tu Sangre romperá y cancelará
toda falsa ligadura.

14. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios,
tu Sangre emana de tus sagradas heridas
como una fuente inagotable y fluye libremente
para redención de la humanidad, para limpiar y
sanar a todos aquellos que beban de sus aguas.

15. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios,
nos invitas a beber en todo tiempo
de la fuente de tu preciosa Sangre,
que nos transformará y renovará totalmente.

16. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios,
nuestros cuerpos cansados y enfermos
se refrescarán por el poder vivificante
y sustentador de tu Sangre,
si confiamos y la reclamamos con fe.

17. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios,
tu Sangre preciosa y santa nos une a Ti,
pues quien bebe de ella,
permanece en Ti y Tú en él.

18. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios,
cuando tu Sangre, tan valiosa y preciosa,
se derramó en el Gólgota, aplastaste
la cabeza de la serpiente maligna y
derribaste el tenebroso reino de Satanás.

19. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios,
ahora los espíritus de las tinieblas,
retroceden aterrorizados y huyen
cuando los tuyos reclaman con fe
tu preciosa y valiosísima Sangre.

20. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios,
la Sangre que fluyó de tus heridas,
tiene poder para cancelar cada maldición
que aquellos, inspirados por el diablo
y sus ángeles caídos,
hayan podido proferir sobre nosotros.

21. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios,
tu Sangre, que fluyó de tus heridas,
anula el poder de Satanás, quiebra su tiranía
y frustra sus ataques en contra nuestra.

22. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios, tu Sangre derramada es nuestra victoria sobre el diablo y todas sus legiones, tanto que podemos salir triunfantes de la batalla.

23. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios, tus santas heridas son señales de victoria, obligan a huir a Satanás, cada vez que la alabamos y reclamamos su poder.

24. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios, tu Sangre derramada tiene fuerza y poder Divinos para despedazar las cadenas y los grillos con que los demonios nos tienen presos en el pecado.

25. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios, huestes del diablo huyen y todo el infierno tiembla al mero sonido de nuestra alabanza y adoración a Ti y tu preciosa Sangre, oh Cordero triunfante.

26. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios, tu Sangre es fuerza protectora, que resguarda de los ataques que Satanás planea contra personas, hogares y países.

27. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios,
cuán gran poder reside en tu Sangre,
el poder de vida que nunca termina:
¡que fortalece, sana, refresca,
restaura y bendice!

28. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios,
mediante tu Sangre que brotó de tus heridas
por nuestras transgresiones, nos haces
partícipes de tu naturaleza Divina:
amor, paciencia, humildad, mansedumbre,
confianza y entrega.

29. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios,
Jesús, tan cubierto de heridas,
brillantes como preciosos rubíes,
te adoran querubines y serafines,
porque entregaste tu Sangre
para redención de la humanidad.

30. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios,
Tú cumplirás lo que has prometido:
“Mira, ¡yo hago nuevas todas las cosas!”,
pues con la fuerza de tu Sangre,
creas todo nuevo.

31. Te adoro, oh Santo Cordero de Dios,
y un día toda la humanidad te adorará,
por haber hecho surgir, con tu Sangre,
una nueva Tierra desde el caos
y las ruinas de una moribunda creación.

OTROS LIBROS DE M.B. SCHLINK PARA DESCARGAR COMO PDF.

HAZ CLIC SOBRE ESTE LINK:

<https://kanaanhispano.net/descargas/>

ASÍ SEREMOS DIFERENTES

“Prescripciones” espirituales para poder experimentar liberación y renovación de nuestra vida en Cristo.

AQUELLOS QUE LE AMAN

Un libro tierno y cálido que muestra el camino para volver al “primer amor” por Jesús.

ARREPENTIMIENTO, UNA VIDA PLENA DE ALEGRÍA

“Nunca antes leí un libro que causara tan profundo impacto en mi vida.”

SI YO AMARA SOLAMENTE A JESÚS

Testimonio conmovedor del poder transformador en la Sangre de Jesús y de un amor ferviente por Él.

CÓMO PONERSE EN LA BRECHA ORANDO POR OTROS

Cómo orar en intercesión.

¿QUÉ ES LA BATALLA ESPIRITUAL?

Textos, oraciones y consejos para protección y liberación.

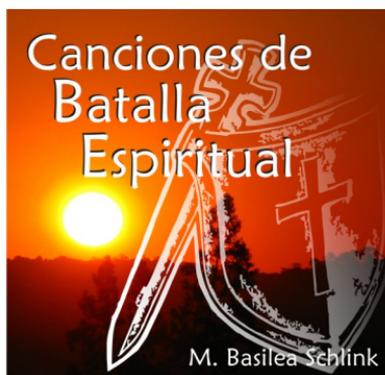
MÚSICA COMPLEMENTARIA AL TEMA

Haz clic sobre las imágenes para bajar los CD de canciones:



CANCIONES DE VICTORIA

Canciones de fe sobre la Redención del Señor, el poder de la oración; y la Resurrección de Jesús.



CANCIONES DE BATALLA ESPIRITUAL

Canciones de apoyo para la guerra espiritual.

“Porque Dios los libró de ese modo de vida, que es poco provechoso, y que ustedes aprendieron de sus antepasados. Y bien saben ustedes que, para liberarlos, Dios no pagó con oro y plata, que son cosas que no duran; al contrario, pagó con la sangre preciosa de Cristo. Cuando Cristo murió en la cruz, fue ofrecido como sacrificio, como un cordero sin ningún defecto.”

1. Pedro 1:18-19

Aquí leemos resumidamente del maravilloso misterio y poder que radica en la sangre que Jesús derramó por amor por cada uno de nosotros y por el mundo entero.

